

Moro entre otros y en sus días

I

Hacia 1929, en París, César Moro optó por el francés como *lingua prima* de su poesía.¹ De entonces, arranca la primera gran etapa de su creación, que cubre los últimos años de su estancia en Francia, hasta fines de 1933, y los de su primer regreso al Perú, 1934-38, y cuyos versos, casi todos aún inéditos,² representan algo así como la mitad del conjunto de su obra.³

Nunca más, en lo sucesivo, él volvería a cuestionar su opción, y el idioma de Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé y Lautréamont siguió siendo hasta su muerte el idioma en que expresaría la mayor parte de sus vivencias poéticas. Sin duda, nuevamente en América—Lima, México y, otra vez, Lima—acudió esporádicamente al español,⁴ pero en una sola oportunidad el *fuego de la pasión* llegó a dictarle un poemario completo en dicho idioma: fue el milagro de *La Tortuga Ecuéstre*, con sus amplias cadencias tan «luminosas» como «fabulosas».

Aún así ¿cómo no advertir que, cuando, en 1943, en México, juntó suficientes suscripciones para editar una colección de sus poemas,⁵ a pesar de que ya tenía escrita *La Tortuga* y que residía en un país de lengua española, le dio preferencia a una serie francesa, *Le Château de Grison*?

Nunca se insistirá demasiado sobre lo que el caso de Moro tiene de único. Para mejor entenderlo, tal vez no haya como detenernos primero en los casos de Huidobro y Larrea, con quienes algunos podrían ser llevados a compararlo, en virtud de un paralelismo que no pasa, en realidad, de la apariencia.⁶

1

Huidobro residió en Europa, principalmente España y Francia, en forma casi continua, de 1916 a 1933.⁷ Su poesía francesa, publicada ahí mismo, entre 1917-18 y 1925, corresponde toda a la primera mitad de ese período, interrumpiéndose luego bruscamente, lo que ya constituye notable diferencia con Moro.

Cuando «cayó en París a fines de 1916», Huidobro tenía publicados en Chile varios libros de versos juveniles, «japoneñas de estío», «coloquios espirituales» y otros «senderos de seda», bajo el triple apellido García Huidobro Fernández, que ostensiblemente declaraba lo rancio de su abolengo, y con dedicatorias, sea a «Manuela», a su «adorada madre», a su «querido y respetado abuelo», a su «sabio profesor de retórica», sea a éste o aquél de sus «estimados amigos», o de sus «hermanos en Apolo», sin olvidar a un

Felipe Sassone «que tan bien (había) hablado de (su) obra actual» y «hecho el gran augurio de (su) porvenir».

Adán, el último título que imprimió antes de salir de Santiago, ofrecía, es cierto, una poesía algo más original, pero sin nada de *vanguardista*, de carácter «filosófico», amén de «científico», escrita «a la memoria de Emerson», de quien aseguraba que «la habría amado».

Camino a París, determinante había sido la etapa de Buenos Aires, con la famosa conferencia a la que Huidobro luego se referiría como al acto de nacimiento del *Creacionismo*,⁸ y, simultáneamente, la impresión de la *plquette* *El Espejo de Agua*, primera muestra que dio el chileno de haber sido *tocado* por el «espíritu de vanguardia» tal como se manifestaba por entonces en Europa. Aunque sobre lo que dijo Huidobro en su conferencia sólo tenemos su propio testimonio⁹ y, por otra parte, hay todavía crítico que duda de que de verdad existió una «primera impresión» bonaerense de *El Espejo de Agua*.

Sea como fuere, Huidobro, «niño prodigio», había recibido la mejor educación, en una familia que, junto con su nombre, en cuanto manifestó inquietudes poéticas, le proporcionó las facilidades que dispensa la fortuna, poniéndolo en condiciones de alcanzar, a través de libros y revistas, lo «último» que se hacía en Europa, especialmente en la capital francesa, caja de resonancia de la «cultura más avanzada de la época».¹⁰ Lógicamente, desde el momento que, a pesar de la guerra, resolvió partir a la conquista de París, no podía menos que echar mano de lo que, en esos años, asimilara, para proveerse de un mínimo de versos que, no bien llegara, lo acreditaran en el medio en que había escogido imponerse y que le era de antemano familiar.¹¹

Al finalizar su fase francesa, por 1925, Huidobro se jactará de que cuando desembarcó en el medio parisino «apenas conocía la lengua».¹² En realidad, hacía tiempo que la practicaba, no sólo leyendo, sino *in vivo*, hablándola en su casa, una casa «aristocrática» que, como muchas, era bilingüe.¹³ Lo cual explica que, a principios de 1917, a los pocos meses de llegar a París, ya colaborara, sin necesidad de traductor, en revistas como *Nord-Sud*, de Pierre Reverdy, y publicara *Horizon Carré*, una colección de treinta y tantos poemas, cuatro de ellos adaptados de *El Espejo de Agua*.

No me extenderé sobre lo que Guillermo de Torre ha llamado «la polémica del Creacionismo», que, cuando se separaron, llegó a oponer a Huidobro y a Reverdy «por razones de prioridad», más teórica que propiamente poética.¹⁴ Lo único que me interesa es que esos primeros «poemas franceses» de Huidobro cubrieron escasamente un año, 1917-18, sin dejar, además, de alternar con «poemas españoles» en todo similares, o sea una misma poesía, escrita indiferentemente en dos idiomas, tanto que nada impediría que parte de los versos ofrecidos en francés procediesen de originales españoles, e inversamente. El hecho, en realidad, rebasa el caso personal de Huidobro, por tratarse de un tipo particular de poesía, limitada en el tiempo, aunque muy difundida en el espacio, y que se vería pronto opacada por las nuevas olas de la «vanguardia», entre las que, precisamente, iba a destacar el Surrealismo: poesía conocida en Francia por «cubista», en España, luego, por «ultraísta», y que Huidobro fue el único en calificar siempre de «creacionista», para mejor atribuirse su «invención»¹⁵ —una poesía «instan-